



Palabras de Monseñor Gabriel Ángel Villa Vahos, al finalizar el rito de su Ordenación Episcopal, en la Basílica Menor de Nuestra Señora de las Misericordias

“Demos gracias al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia” (Salmo 136). Con esta palabra divina con la que el pueblo de Israel relata las maravillas realizadas por Dios a través de la historia, quiero dirigirme también al Dios de la infinita Misericordia para presentarle mi sentida acción de gracias.

El autor de este himno encuentra muchos motivos para dar gracias al Señor y manifestar que todo lo que ha realizado en medio de su pueblo, sencillamente porque es eterna su misericordia. Y la primera de esas razones es porque es bueno, mejor porque Él es la bondad. Es el único que ha hecho maravillas: hizo el cielo, asentó la tierra sobre las aguas, hizo lumbreras gigantes, sacó a Israel de Egipto, guió al pueblo por el desierto, hirió a reyes poderosos, libró al pueblo de sus adversarios, da pan a todo viviente. Porque es eterna su misericordia. En la plenitud de los tiempos, nos envió como único Salvador a Jesucristo, eligió Doce para que estuvieran con Él y para enviarlos a predicar y a curar; con ellos puso en marcha la Iglesia, dejó a Pedro el encargo de confirmar a sus hermanos en la fe, envió sobre ella la fuerza del Espíritu Santo y por más de dos mil años la sigue animando y soste-

niendo. Todo, porque es eterna su misericordia.

Hoy doy gracias al Señor por el don de la vida recibida a través de mis padres, por el don de la gracia bautismal que me ha hecho su hijo, y miembro de su familia santa, por el don de la vocación sacerdotal, por la cual me ha hecho partícipe de su único Sumo y eterno sacerdocio y por el don inmerecido que hoy me entrega en el ministerio episcopal, plenitud del sacerdocio. La única razón: porque es eterna su misericordia.

La misericordia de Dios se ha manifestado en muchos detalles providenciales, como el hecho de ver la luz de este mundo el año 1962, año que dio inicio al Concilio Vaticano II que impulsó a la Iglesia a su renovación y puesta al día. Es el mismo año en que fue creada la Diócesis de Ocaña mediante la bula *“Quoniam arcana”* del

Papa Juan XXIII. Con razón la Diócesis de Ocaña es llamada hija primogénita del Vaticano II. Es el mismo año en que fue inaugurada esta Basílica por el incansable misionero y devoto de la Virgen, Monseñor Miguel Ángel Builes, en honor de las Madre de las Misericordias, como testimonio de su amor por la Madre de Dios y su absoluta confianza en la Providencia Divina. Comprenderán por qué hemos elegido esta sagrada casa para la celebración de esta ordenación. Estos hechos providenciales, los entiendo también como un llamado del Señor a reconocerlo siempre como el Dios de la Misericordia que me pide obrar guiado por la misericordia, de la mano de María, en el ejercicio de este ministerio.

Doy gracias al Señor por todos los que él ha puesto en el camino de mi vida para experimentar su amor y su misericordia: mi familia, ajena a títulos y abuelos, pero lleno del amor a

Dios. Por ellos doy gracias a Dios y a mi papá, que desde los ventanales del cielo contempla complacido este momento; pido que me presente, junto con los abuelos, al eterno Padre para que sostenga a los profesores de la escuela primaria, a mis formadores, los padres Eudistas durante el seminario menor y parte del seminario mayor y a los formadores del clero diocesano. Unos y otros procuraron, mostrarme el rostro misericordioso de Dios. A mis antiguos compañeros de Seminario, al Clero de esta amada Diócesis de Santa Rosa, a las comunidades e instituciones en donde he ejercido el ministerio: Sopetrán y Yarumal, a la ciudad de Santa Rosa de Osos. Gracias al Seminario Diocesano, a los miembros, sacerdotes, directivos y empleados de la Fundación Universitaria Católica del Norte, del Secretariado Permanente del Episcopado Colombiano, SPEC, y del Consejo Episcopal Latinoamericano, CELAM, quienes siempre me han honrado con su compañía y sincera amistad, a los medios de comunicación aquí presentes. Todo sucede así porque es eterna su misericordia.

Doy gracias al Señor por los pastores que ha puesto en mi camino a lo largo de la historia de salvación que Él mismo me ha trazado: A los sacerdotes que me han acercado al Señor y a la Iglesia por el Bautismo, la Eucaristía, la Penitencia y la dirección espiritual. A Monseñor Miguel Ángel Builes quien me administró el sacramento de la Confirmación, Monseñor Joaquín García Ordóñez, quien me confirió las sagradas

órdenes del diaconado y del presbiterado, a Monseñor Jairo Jaramillo Monsalve quien me brindó cercanía y confianza encomendándome cargos de suma responsabilidad. A Monseñor Jorge Alberto Ossa Soto, actual Obispo de esta Iglesia Particular por su cercanía sincera y fraterna amistad sacerdotal. Al Papa Francisco que me ha entregado esta responsabilidad y que con sus gestos y palabras nos ha hecho sentir muy de cerca a Jesús Buen Pastor y nos ha invitado a vivir la alegría de ser discípulos del Señor y a confiar sin reservas en la misericordia del Señor. Al Señor Nuncio, Ettore Balestrero, quien ha vivido muy de cerca este acontecimiento y ha presidido esta ordenación.

Gracias a los señores Obispos Ignacio Gómez y Jorge Enrique Lozano que han apacentado la Diócesis de Ocaña en los últimos años. A Monseñor Luis Madrid Merlano, Arzobispo de Pamplona y actual Administrador Apostólico por su cercanía y empeño en la conducción temporal de la Diócesis. En fin, a todos los Señores Arzobispos y Obispos, que dejando sus ocupaciones pastorales han hecho esta jornada para expresarme su comunión y fraterna cercanía. A los sacerdotes, religiosos y religiosas, seminaristas y laicos, de la Diócesis de Santa Rosa, a los que han venido de la Diócesis de Ocaña (sacerdotes, religiosos, laicos, autoridades civiles), de la Arquidiócesis Santa Fe de Antioquia, de Medellín, de Bogotá, Panamá, El Salvador y de otras jurisdicciones del país, mi más sentida gratitud. A mis antiguos compañeros y

alumnos del Seminario, a mis paisanos de Sopetrán, a los amigos de toda la vida, a todos los que se han hecho presentes hoy, agradezco de corazón, todos los gestos de cariño y compañía espiritual. Todo se da porque la misericordia del Señor es eterna.

Consciente de mis limitaciones, mi fragilidad, mi pecado, pido a todos me sostengan con la oración para que pueda ser fiel al ministerio recibido, para que mi vida cristiana pueda ser siempre un canto a la misericordia del Señor.

Me pongo en las manos de la Madre de las Misericordias, que desde los años juveniles me ha recibido como discípulo en esta escuela de la misericordia que es esta amada Diócesis y esta ciudad de Santa Rosa. Hoy cuando hacemos memoria litúrgica, de los que la Tradición católica ha propuesto como padres de María, San Joaquín y Santa Ana, les pido que me reciban como uno de sus nietos predilectos. Fue aquí en este Santuario donde comencé a experimentar en las jornadas matutinas y vespertinas de cada septiembre, que la Misericordia del Señor pasa también por la incansable y efectiva intercesión de su Madre Santísima. Fue aquí donde, con muchos de ustedes aprendí a dirigir a la Madre del cielo aquellas súplicas que acompañan los gozos de su novenario, y que hoy hago propias, para encomendarle el ministerio que ahora inicio: "A tus plantas dulce Madre ves un hijo que te implora, compadece mis miserias, con tu gran misericordia".